

ALFAGUARA



Paul Theroux

En Lower River

Traducción de Ezequiel Martínez Llorente

«Si vengo, no me quedo —dije yo—,
pero ¿quién eres tú, tan enfangado?».
«Uno que llora soy», me respondió.

DANTE, *El infierno*,
canto VIII (versos 34-36)

Parte 1

La despedida

1

La esposa de Ellis Hock le regaló un teléfono nuevo por su cumpleaños. Un teléfono inteligente, le dijo.

—Y ¿sabes qué? —era algo coqueta y teatral a la hora de dar los regalos, y solía hacer pausas, con guiño desamparado incluido, para que él le dedicara toda su atención—. Te va a cambiar la vida.

Hock sonrió, porque cumplía sesenta y dos años, una edad en la que no se producen cambios trascendentales sino sólo discretas mermas.

—Tiene un montón de funciones —siguió diciendo Deena. A él el artilugio le pareció una frivolidad, un juguete costoso y frágil—. Y te servirá para la tienda —Hock vendía ropa para caballero en Medford Square.

Él comentó que su teléfono estaba bien. Una especie de pequeño puño eficiente, con tapa y una función.

—Me lo vas a agradecer.

Él se lo agradeció, y luego sopesó el teléfono viejo en la mano, como para llevarle la contraria, mostrándole que su vida no estaba cambiando.

A fin de probar que ella tenía razón (su entrega de regalos podía tomar una deriva hostil a veces, y éste parecía ser uno de esos casos), Deena se quedó con el teléfono nuevo, aunque lo registró a nombre de él, y para cumplimentar el trámite escribió la cuenta de correo electrónico de Hock. En cuanto se dio de alta, recibió de golpe todos los correos electrónicos de esa cuenta en el último año, cada uno de los mensajes que su marido había recibido y enviado, millares de ellos, incluso los que él creía haber eliminado, muchos enviados por mujeres, una buena porción en tono afectuoso, en una revelación tan completa de su vida privada que él se sintió como si le hubiesen arrancado el cuero cabelludo; peor que eso, como si lo hubieran sometido a la clase de magia negra llamada *mganga* que él

había conocido en África hacía tiempo, con un brujo sanador y adivinador que lo ponía del revés, y el escurridizo amasijo de sus entrañas apestosas desparramado por el suelo. Ahora era un hombre sin secretos o, mejor dicho, con todos sus secretos expuestos al escrutinio de la mujer con la que llevaba casado treinta y tres años, para la cual esos secretos suyos representaban noticias dolorosas.

—¿Quién *eres* tú? —le inquirió Deena, una fórmula interrogativa que tenía que haber oído en algún lado... ¿En qué película? Pero era ella la que se comportaba como alguien desconocido: los ojos fieros y gelatinosos, las manos furiosas que esgrimían el teléfono como si fuera un arma, y todas sus facciones marcadas y fijas en él: una cara púrpura y cremosa que era la expresión de la ira—. ¡Me has hecho daño! —y parecía herida de verdad. Tanta desazón despertó la compasión de Hock, y también el miedo, como si la hubiera encontrado bebida.

Hock vaciló ante la mujer enfadada que quería saberlo todo, pero en realidad ella ya lo sabía todo, pues sus pensamientos más íntimos se alojaban en ese teléfono. Deena desconocía el porqué, él también. Ella exigía a gritos detalles y explicaciones.

—¿Quién es Tina? ¿Quién es Janey?

¿Cómo podía negar lo que la pantalla de su teléfono nuevo mostraba sin tapujos, todos esos mensajes encubiertos, enviados y recibidos, de los que ella no había tenido constancia alguna?

—¡Tienes veneno en la lengua! ¡Firmabas «con amor»!

Él se dio cuenta, primero con alivio y casi con hilaridad, luego con horror y finalmente con tristeza, de que la única cosa segura en su vida era que su matrimonio estaba cerca del fin.

Lo achacó todo a su vida solitaria. Rechazaba decir soledad. Tenía una tienda de ropa para caballero, y el negocio había ido tirando —lentamente, no del todo mal— durante años. Ahora estaba en declive. La historia de la tienda era la de su familia en Medford, la de su inserción en la localidad, la de su deseo de arraigo. Al llegar a Nueva York, el abuelo de Ellis, un inmigrante italiano, había entrado de aprendiz de sastre. Su primer empleo remunerado había sido a las órdenes de un primo suyo, también sastre, en el rural Williamstown, en el estado de Massachusetts, adonde había llegado en ferrocarril sin saber inglés. Ayudaba a confeccionar trajes para los

acaudalados estudiantes universitarios de la zona. Aunque los clientes eran de su misma edad, él tenía que arrodillarse y desenrollar la cinta junto a esos cuerpos, mientras enunciaba tímidamente las medidas en italiano. Permaneció tres años allí, y luego pasó a trabajar de cortador en una sastrería en el North End de Boston. Tras casarse, con el fin de establecerse por su cuenta le pidió dinero prestado a su suegra, ya viuda (y que vivió con ellos hasta su muerte), y alquiló un local en Medford Square, donde abrió su propia sastrería.

El traslado a Medford entrañó otra mudanza, hacia una mayor sofisticación: Francesco Falcone se convirtió en un hombre nuevo y empezó a llamarse Frank Hock. Le había pedido a un sastre del North End que le tradujera *falcone*; el hombre había pronunciado *hawk* con el acento local, y el abuelo de Ellis, casi analfabeto, había escrito con tiza en un trozo de tela la palabra tal como le había sonado. La confusión pasó a anunciarse en un letrero: Hock's Tailors. Frank comenzó a adquirir fama como maestro sastre, y en sus estantes se acumulaban los rollos de tela de algodón de primera, y también de lino, de seda y de algodón egipcio. Fumaba puros mientras cosía, y al poco de cumplir los treinta ya contaba con dos ayudantes para cortar e hilvanar. Su esposa, Angelina, le dio tres hijos varones, y al primogénito lo bautizó Andrea, en la práctica Andrew, y lo designó su aprendiz. El negocio marchaba bien, y Frank Hock era tan frugal que ahorró lo suficiente como para comprar la tienda y hasta el edificio entero. Recibía las rentas de los inquilinos de los pisos superiores y del resto de las tiendas, como Yee's, la lavandería china contigua. Joe Yee planchaba los trajes terminados y todas las Navidades le regalaba una caja roja con lichis secos.

Cuando Andrew Hock volvió de la Segunda Guerra Mundial, Medford Square comenzaba a modernizarse. Frank le traspasó el negocio a Andrew, que había estado trabajando antes al lado de su padre. Sin embargo, Andrew no tenía interés en la puntillosa labor del corte y la confección. Con las manos arruinadas por la artritis, el viejo se jubiló. Andrew vendió el edificio y compró unos locales en una hilera de establecimientos nuevos, en Riverside Avenue —el río Mystic discurría justo a su espalda—, y fundó Hock's Menswear, un escalafón más con respecto a la sastrería de Frank en Salem Street.

Ellis nació al año de la inauguración de Hock's Menswear, y más tarde él mismo trabajaría allí la mayor parte de las tardes de sus años de instituto, encargado de pisar a fondo el pedal y de bajar la tapa de la máquina de planchar ubicada en el sótano, junto al sastre Jack Azanow, un inmigrante ruso. Ellis también lustraba los zapatos, doblaba las camisas y recomponía las chaquetas que toqueteaban los clientes, ordeñando las mangas —una expresión de su padre—. De tanto en tanto hacía una venta. Las Navidades eran ajetreadas y festivas, gracias al jubiloso frenesí de los buscadores de regalos, que gastaban más dinero de lo acostumbrado y pedían que les envolvieran los artículos, otra de las misiones de Ellis. La actividad de la tienda en Navidades y también en Semana Santa y en el Día del Padre —esa vitalidad, las ganancias evidentes— casi persuadía a Ellis de que podía labrarse una carrera en el negocio. Pero divisar su futuro tan claro lo alarmaba como una cadena perpetua. Aborrecía la idea de confinarse en la tienda, aunque ¿qué alternativa tenía?

Con un diploma en Biología por la Universidad de Boston, ante la perspectiva de ser llamado a filas —Vietnam—, Ellis solicitó enrolarse en los Cuerpos de Paz. Tras ser aceptado, lo destinaron a un país del que nunca había oído hablar, Nyasalandia, a punto de convertirse en la independiente República de Malawi, y empezó a trabajar como profesor en una escuela rural de una zona conocida como Lower River. El nombre tenía resonancias míticas, como si fuera un afluyente subterráneo del río Estigia: distante y oscuro. Pero *lower* sólo quería decir «tramo bajo», «meridional», y al río lo ensombrecían dos grandes ciénagas, una llamada Elephant Marsh, y la otra, Dinde.

Ellis fue feliz en Lower River, completamente desconectado de casa, e incluso de la capital de ese país, viviendo a su aire mientras desempeñaba el trabajo de profesor en la aldea de Malabo, en una ribera desconocida y descuidada, como el único extranjero, alguien enormemente dichoso.

A los dos años renovó por otro par de años más, y una tarde hacia el final de esa prórroga, el conductor de un Land Rover del consulado le entregó un mensaje, un telegrama que había llegado al consulado de los Estados Unidos: «Para Ellis Hock en Malabo. Papá muy enfermo. Llama por favor». En toda la población no había

un solo teléfono, y la línea principal del *boma*, el cuartel general de la zona, no funcionaba. Hock volvió en el Land Rover a Blantyre, y allí, a través del teléfono del cónsul, mantuvo una conversación con su inconsolable madre.

Había sido tan feliz en Lower River que nunca se había parado a considerar los pormenores de su marcha, y, no obstante, a los dos días de recibir el mensaje, montaba en un avión rumbo a Rodesia, y mediante escalonadas y laboriosas etapas, a Nairobi, Londres, Nueva York y Boston. Al fin de vuelta en Medford, se sentó junto a la cama de hospital de su padre.

Al verlo, su padre resplandeció con la sorpresa, como si la vuelta de Ellis hubiera sido una coincidencia, un hecho por completo desvinculado de sus problemas de salud. Se besaron, se cogieron de las manos, y al cabo de poco más de dos semanas, Ellis abrazó ese cuerpo laxo, que respiraba fatigosamente, y el viejo murió. Eran las tres de la madrugada; su madre se había ido a casa a dormir.

—¿Te encuentras bien? —le preguntó la enfermera del turno de noche tras confirmarle que su padre había exhalado el último suspiro.

—Sí —le respondió Ellis, y al instante se rio de su propia mentira. Pero estaba demasiado asustado como para decir la verdad, porque la pena lo estaba destrozando.

Volvió a casa, y a las siete, cuando se despertó su madre, le dio la noticia y la mujer profirió un lamento. Él no podía parar de llorar. Su viejo amigo Roy Junkins, enterado de su retorno desde África, lo llamó al día siguiente. Ellis habló con él entre sollozos, incapaz de controlarse, y sus lágrimas le produjeron tan poca vergüenza como si hubiera empezado a sangrar. Y hubo algo en ese instante —la llamada telefónica, el llanto— que reforzó el vínculo entre esos dos hombres.

Tras el funeral, se leyó el testamento: Hock's Menswear era suya. A su madre se le asignaba una suma de dinero y la casa familiar.

—Papá quería que te quedaras la tienda.

Ellis había salido de África repentinamente, y sintió que allí había dejado una parte irrecuperable de sí mismo. Un verdadero hogar había quedado atrás: su cocina y todas sus pertenencias.

cias, la ropa, los binoculares, la radio de onda corta, sus serpientes encerradas en canastos y jaulas. Había vuelto con lo que le había cabido en una maleta.

De pronto, a los veintiséis años, se había convertido en el único propietario de Hock's Menswear. Tenía empleados —los dependientes, el sastre Azanow, una mujer que llevaba la contabilidad— y clientes fieles. Al cabo de unos años se casó con Deena, y apenas habían celebrado su primer aniversario cuando Deena dio a luz a su hija Claudia, a quien llamaban Chicky.

Estaba cumpliendo esa cadena perpetua que tanto había temido: el negocio familiar, una esposa, una niña, su casa en Lawrence Estates, heredada de su madre al fallecer ésta. Día tras día, salvo los domingos, Ellis llegaba a la tienda a las ocho, aparcaba en la parte de atrás, frente al río Mystic, y, después de repasar el inventario y los repartos con Les Armstrong y Mike Corbett, abría a las nueve. A mediodía, tomaba un sándwich en Savage's, el restaurante que había al otro lado de Riverside Avenue. Tras el almuerzo, de vuelta a la tienda. A veces, Les o Mike rememoraban sus años en el ejército con voces soñadoras, y es que la guerra monopolizaba todas sus conversaciones. Ellis sabía cómo se sentían, aunque él sólo le mencionaba el tema de África a su amigo Roy, que de vez en cuando se dejaba caer por allí. A las cinco y media, cuando Les y los demás se marchaban, Ellis cerraba la puerta principal y se iba a cenar a casa.

Era una vida como la de tantos, y más afortunada que la de la mayoría. Ser el propietario de una boutique en Medford Square le daba un componente social a su trabajo, y al vender ropa cara era normal que vistiera bien.

Más de treinta años igual. Rara vez se iba de vacaciones, a pesar de que durante el verano Deena alquilaba una casita en Cape Cod. Los sábados por la tarde, Ellis conducía hasta allí para pasar el domingo con su mujer y con Chicky. Y cuando los padres de Deena se trasladaron a Florida, ella empezó a pasar con ellos alguna semana. Por su parte, Chicky creció, se graduó en Emerson College, se casó y se compró un apartamento en Belmont.

Las cosas siempre seguirían igual, pensaba. Y, sin embargo, los cambios llegaron, primero como simples anuncios y luego como hechos consumados. El negocio decayó y Medford Square

cambió, desgarrando el tejido que lo constituía: un restaurante vietnamita sustituyó a Savage's Deli, y acto seguido Woolworth's y Thom McAn echaron el cierre. Los zapateros, la lavandería y los reparadores de televisiones desaparecieron, y entonces se produjo la señal más fatídica de todas: escaparates vacíos, cristales rotos. La vieja panadería que vendía pan recién hecho era ahora un sitio de donuts, otra cadena. Ahora la compra se hacía en el nuevo centro comercial de Wellington Circle, con grandes supermercados y muchas tiendas pequeñas. Hock's Menswear estaba más tranquila, aunque se mantenía dignamente, y eso le daba también un aire más taciturno, como si fuera la reliquia de la antigua sastrería: una tienda de ropa para caballeros en el centro menguante y obsoleto de una ciudad.

Pero el edificio —la finca— constituía el verdadero patrimonio de Ellis. Éste avizoraba un tiempo no muy lejano en el que, tras desprenderse de los locales, podría retirarse y vivir de las rentas. Mientras tanto, cumplía con su jornada, de ocho a cinco y media. Atendía a los clientes él mismo, como había hecho siempre, para dar ejemplo y también simplemente por hablar, escuchar y enterarse de las vidas de los demás, de sus experiencias en el mundo más allá del umbral de Hock's. Al contar con sólo otro dependiente, participaba más en las labores de cara al público, y lo cierto es que eso le gustaba, y aguardaba el momento de hablar con los clientes, cuyas experiencias empezaron a ser las suyas.

Sabía que el negocio estaba condenado, pero la charla lo mantenía vivo, al igual que una conversación con un inválido postrado devuelve la ilusión de la esperanza. Los centros comerciales y las grandes cadenas de tiendas, tan colmados de espacio e inventario, prosperaban porque contrataban a pocos empleados, o a «asociados comerciales», tal como se los denominaba entonces. Hock's pertenecía a la clase de establecimiento donde el tendero y el cliente charlan sobre el color de una corbata, el estilo de un traje, la caída de un abrigo o la holgura de un jersey. «Se supone que tiene que quedar amplio» o «Ese abrigo no es tan elegante como aquel otro». Las tiendas nuevas tampoco ofrecían la misma calidad que Hock's: *tweeds* de Escocia, camisas inglesas, calcetines de rombos, géneros de punto irlandeses, prendas de cuero italianas, fedoras de ese mismo país y zapatos fabricados por los últimos

grandes artesanos de Estados Unidos. En Hock's todavía se vendían chalecos, pañuelos de hombre y sombreros tiroleses de veludillo, con un torzal de plumas en la cinta. La calidad se sugería mediante un vocabulario específico para la mercancía..., los atavíos, mejor: calcetería, bombachos, géneros de punto; una chaqueta de punto era un cárdigan.

Cada transacción constituía una conversación, a veces extensa, sobre el acabado del tejido, el tiempo, el estado del mundo. El factor humano, la charla, aliviaba la penumbra de la tienda vacía y la rescataba de su maleficio. El cliente más habitual era un hombre mayor que buscaba una corbata, una buena camisa o un abrigo informal. Pero a menudo aparecían mujeres que querían un regalo para su marido, su padre o su hermano. Ellis las retenía con su conversación y les explicaba las posibles elecciones. «Estos calcetines son fuertes como el hierro», «Esta camisa es de algodón Sea Island, el mejor de todos» o «Este pelo de camello se vuelve más mullido con los años, y gana suavidad con cada limpieza en seco».

En los ocho o diez años anteriores, a los clientes con más posibilidades, mujeres sobre todo, Ellis les había preguntado: «¿Tenemos anotada su dirección de correo electrónico?». A raíz de eso, había mantenido un contacto ocasional con esas personas, y entonces aprovechaba para hacer aclaraciones, lanzar sugerencias sobre una nueva adquisición o describir artículos en venta, a menudo añadiendo un comentario personal, una línea o dos, en un tono ligeramente galante. Si habían comprado ropa para un viaje, él preguntaba sobre esos viajes. A estos menesteres destinaba la primera hora de la mañana, frente al ordenador de su oficina, cuando estaba solo, sintiéndose pequeño en su aislamiento, para mejorar su estado de ánimo y poder hacer frente a la trivialidad del día. Esos susurros inofensivos lo sosegaban, aplacaban un poco el hambre de su corazón, no de sexo sino de un oscuro anhelo. Muchas mujeres respondían con un talante parecido, y Ellis siempre tenía una palabra jovial para ellas.

En el curso de los años precedentes, esos mensajes electrónicos habían venido a representar una constante en su vida, una historia de amistad que desprendía calor e inspiraba confianzas, alusiones privadas, peticiones de ayuda o consejo. Pero como sólo se encontraba con esas mujeres cuando entraban en la tienda, muy

de tarde en tarde, todo era inocente, nada más que unos susurros en la noche, que, eso sí, comparados con la monotonía de su rutina de tendero, parecían una respiración extasiada.

Al final, las mujeres de su lista de clientes preferentes sumaban unas veinte o treinta, de edades variadas, cercanas y alejadas, y entre ellas figuraban viejas amigas, su novia del instituto y la chica con la que había ido al baile de graduación. Ellis seguía viviendo en el pueblo que lo había visto nacer, y estaba saturado. Sólo había tenido la tregua de los cuatro años pasados en África, ejerciendo de bisoño profesor en Lower River.

Cuando Deena le mostró los movimientos de su cuenta de correo en un año, Ellis se sintió más impresionado por la densidad de los mensajes que por la intimidad de sus confidencias, aunque algunos fragmentos lo desconcertaron. Escribir era una forma de olvidar, y ahora todo aquello volvía a él para recordarle cada palabra que había dicho. Desconocía que un teléfono, incluso uno de alta tecnología con hechuras de ordenador, pudiera tener acceso a tal número de mensajes, unos enviados y otros recibidos, doce meses de tecleo, sin que faltaran los que había borrado (la mayor parte de ellos), esos que, una vez arrastrados hasta el icono de la papelera de reciclaje, creía desaparecidos para siempre.

Pero habían vuelto, dentro de esa larga lista desordenada, una imborrable crónica de su pasado, un pasado que había olvidado en buena medida. Y entonces el interrogatorio comenzó, con Deena proclamando: «Quiero saberlo todo» (¿otra frase de película?). Ella sujetaba en su mano toda su memoria, la historia secreta que había vivido el año anterior. «¿Quién es Rosie?» y «Háblame de Vickie».

La vergüenza y la ira lo habían dejado mudo. Abochornado, espantado, no podía explicar aquella cantidad de mensajes ni justificar su tono de incitante flirteo, ni la intimidad mantenida con desconocidas, ni tampoco el sinnúmero de minucias irrelevantes. Les hablaba de cómo le había ido el día, de los viajes de ellas, de libros, de su infancia; y ellas hacían lo mismo y le relataban sus propias historias.

—¿Qué pasa contigo, Ellis?

Él no lo sabía. Agachó la cabeza, más para protegerse de un posible golpe que en un acto de contrición. Durante un mes,

Deena y él discutían cada vez que él llegaba a casa desde el trabajo. En la cama, ella le daba las buenas noches con bufidos re-criminatorios. Y cuando él despertaba, bostezando y saliendo de un sueño precario y ridículo, y con la crisis de los correos aún en la recámara de la memoria, ella comenzaba de nuevo, haciendo sonar la campana, con su lengua como el badajo y un dedo plantado en la cara de él, para vocear la traición que había sufrido. Algunas mañanas, tras una noche de bronca, el tira y afloja de súplicas e insultos, Ellis se despertaba muy aturdido. La cabeza le dolía como en una resaca aguda, dejándolo inservible para el trabajo.

Deena pedía detalles, pero las migajas que él le ofrecía sólo la enfurecían más. No había clemencia, así que ¿para qué molestarse? Todo parecía inútil, un aullido quejumbroso. Ella era un policía gritón que lo había pillado con las manos en la masa, y que no vociferaba para extraer la verdad —ya la sabía—, sino porque estaba en su derecho y tenía el único deseo de herirlo y humillararlo y verlo retorcerse y hacerle sufrir.

Ellis sufría de verdad, y notaba que ella también lo hacía, y en mayor grado que él, porque era la parte damnificada. Pero también conocía el trasfondo de todo eso. Era una puesta en escena: su mujer necesitaba representar cada faceta de su papel, y no pararía hasta que ambos cayeran rendidos ordenando ese estercolero de confidencias insidiosas. Una vez recibiera Ellis el correctivo adecuado, el final sería inevitable.

Empezaron a acudir a la consulta de un consejero matrimonial, que se llamaba a sí mismo doctor Bob, un afable hombre de mediana edad con un diploma en Psicología que hacía gala de una actitud profesional y portaba el atuendo universitario clásico: chaqueta de *tweed*, camisa de botones, pantalones de aviador y mocasines, probablemente comprados en uno de los minoristas del centro comercial, pensó Ellis. Tanto como las sesiones en sí mismas, lo que desazonaba a Ellis y a Deena eran los encuentros casuales con los pacientes del doctor Bob, algunos de ellos personas turbadas —¿drogas?, ¿alcohol?— que dejaban la consulta cuando ellos llegaban, y otros seres con una angustia semejante a la suya, la cabeza siempre gacha, que ocupaban el sofá de la sala de espera cuando ellos salían.

Durante la primera sesión, el doctor Bob los escuchó concienzudamente, y afirmó que hallazgos como el de los correos comprometedores no eran insólitos.

—Estoy viendo a otras tres parejas en vuestra situación. En todos los casos, el varón es el coleccionista.

No hubo asignación de culpas, el doctor comprendía tanto a Ellis como a Deena, y cuando esa primera sesión estaba llegando a su término, con Deena acongojada y apoyando las manos sobre el regazo y Ellis preguntándose por qué había enviado tal cantidad de correos electrónicos, se oyó la voz del doctor Bob, que, enigmáticamente, musitaba:

—¿Cómo era esa vieja canción? «Sus dedos rasgúan mi dolor...», algo sobre estar rojo por la fiebre, un no sé qué por la multitud —luego subió el volumen, sin cambiar su voz firme de cantante de salón—: «Sentí que había encontrado mis cartas, y leído cada una de ellas en voz alta...».

—Por favor —interrumpió Deena—, esto no tiene nada de divertido.

—Sólo intento poner vuestra situación en contexto —se defendió el doctor Bob—. Existen otros precedentes. Tolstoi se fue de casa después de que su mujer curioseara en su correo privado. Y murió en una estación de tren. Tenía ochenta y dos años.

En la siguiente cita, el doctor Bob les hizo preguntas directas y actuó, en opinión de Ellis, como un árbitro. Esa vez no cantó. Y ellos acudieron a más sesiones.

Sin embargo, en lugar de reparar el matrimonio o calmar a Deena, la terapia no hizo sino empeorar las cosas, y dio la ocasión para que se ventilasen viejas querellas, conflictos que, antes de que se iniciaran las sesiones, Ellis había decidido no remover. Pero, ya metidos en harina, ¿cómo no mencionar las decepciones, los olvidos y las malas rachas de las que no habían salido? Los viejos resentimientos soterrados se exhumaban y motivaban nuevas discusiones. Con un árbitro, con un testigo, podían permitirse ser francos.

El doctor Bob asentía y sonreía comprensivo, como el amistoso y chapado a la antigua padre Furty, el sacerdote de Saint Ray's, un borrachín reformado y siempre cordial. El consejero dejaba hablar a Deena, luego a Ellis, y ambos le imploraban que entendiera su

punto de vista, la validez de su alegato, como si fuese a decidir de quién era el balón en una decisiva melé de fútbol americano.

—Lo que aprecio es que... —dijo.

Desilusiones jamás mencionadas salían ahora a la luz, y las sesiones se emponzoñaron: las amigas de Deena, sus ausencias; la frialdad de Ellis, sus ausencias.

—Habéis estado llevando vidas separadas...

Ellis pensaba: «Sí, tal vez por eso mismo he soportado mi vida». Cosas como ir al trabajo por las mañanas no constituían un placer, pero sí un alivio. La monotonía funcionaba como un amigo inocuo. Los domingos en casa le daban pavor; y por encima de todo detestaba las vacaciones. Ellis nunca había conocido a nadie que detestase las vacaciones, así que era un sentimiento que se guardaba para sí mismo.

Aunque en la mente de Deena perduraba aquello —la cuestión sobre los cuantiosos y más que cariñosos mensajes—, la disputa llevó a Ellis a defenderse con los recuerdos de otras disputas.

—Quiero saber por qué te escribías con todas esas mujeres —exigió Deena.

El doctor Bob sonrió a Ellis, que respondió:

—Eso me gustaría saber a mí también.

—Mi nombre nunca aparece en esos mensajes. Nunca mencionas que estés casado. Yo no existo. ¿Por qué?

Ellis respondió en un tono asombrado que no lo sabía.

—¡Les cuenta lo que está leyendo! ¡Les cuenta lo que ha almorzado! —proclamó Deena en su afán por ganarse al doctor Bob.

Para entonces, transcurrido el primer mes de terapia (y con la tienda resintiéndose ante sus ausencias), cualquier tipo de contacto con las mujeres de los correos había quedado clausurado. Deena seguía en posesión del móvil, y lo supervisaba todos los días. Lo agarraba con asco, como si sostuviera al propio Ellis, con un odio bien evidente. Él tampoco soportaba la visión del teléfono.

Ante la insistencia de Deena, Ellis abrió una nueva cuenta de correo electrónico, que usaba sólo para el trabajo. Zanjada la conexión con esas mujeres, se hallaba mudo, atontado y sin amigos, pero aún no podía explicarse los mensajes que había enviado, el hecho de que hubiese confraternizado con tantas mujeres, o el extraño tono entre amoroso e inquisitivo que utilizaba. A una le había

dicho: «Eres el tipo de mujer que me llevaría a la selva africana», y se estremecía al recordarlo.

—Supongo que estaba interesado por sus vidas —probó a decir—. Era curiosidad. Había una trama en sus maneras de vivir, una narración que avanzaba. Siempre me ha gustado oír las historias de la gente.

Haciendo el gesto de llenarse un bolsillo, el doctor Bob preguntó:

—Y ¿no es como si te estuvieses guardando a esas mujeres en el bolsillo trasero, hasta el día en el que te decidieras a actuar?

Ellis lo negó, aunque no estaba seguro. El aislamiento de la tienda y la incertidumbre del negocio se prestaban a la ensoñación. No sabía cómo transmitirles eso a su esposa —ya no destrozada por la pena sino enrabiada— y al asertivo consejero. El doctor Bob diría: «Soñar ¿con qué?». Y Ellis carecía de una respuesta.

—¿Hay algo que desees contarle a tu mujer?

Ellis fijó la mirada en el rostro furioso de Deena, y dijo:

—Estás jugando mal tus cartas.

Cuando Deena comenzaba a objetar ya, el doctor Bob pidió silencio y se dirigió a Ellis.

—Te veo como una persona a la deriva —y pasó a explicarle qué quería decir con eso.

Ellis asintió con la cabeza. La expresión le iba como anillo al dedo: una persona sin ataduras, sin un arraigo real, movida por la inercia de un trabajo que había aceptado como último deseo de su padre, el sostén del negocio familiar. Pero su espíritu no estaba allí, nunca lo había estado.

El doctor Bob quiso saber si se había sentido feliz alguna vez.

—Viví un tiempo en África —respondió Ellis.

—Oh, Dios santo —dijo Deena.

—Me refiero a durante vuestro matrimonio —puntualizó el doctor Bob.

Ellis asumió una expresión concentrada, con las manos unidas bajo la barbilla como en pleno rezo, y trató de recordar un momento especial, un suceso, algo feliz, un pequeño cuadro donde relucieran la dicha y el orgullo. Pero nada acudió a su mente. Eran treinta y tres años de altibajos, demasiado tiempo como para hacer un resumen. Estaban casados: años compartidos, sufridos,

sorteados, superados. Sí, en los que la felicidad no había escaseado..., pero él no podía pensar en nada específico. El matrimonio era una travesía sin llegada.

Al ver a Deena desplomada en su silla, aguardando a que él rompiera el silencio, Ellis volvió a sentir mucha tristeza. La imagen de ellos dos sentados aparte, abrumados por el peso de la pena, con el doctor en medio, bastaba para hundirlo. Era como si estuvieran en presencia de un paciente terminal, su matrimonio moribundo; y en verdad él percibía así las semanas precedentes: una vigilia fúnebre —en la penumbra— o una danza macabra, la histeria ante la perspectiva de un pronto desenlace.

Tampoco es que en ausencia del doctor Bob fueran capaces de mantener una conversación coherente. Ellis se veía como un hombre de sesenta y dos años, y veía a Deena como una mujer de sesenta: dos personas viejas que, tras morir su matrimonio, debían seguir caminos separados, unas figuras patéticas que se doblaban con el viento de cara, o que, aún peor, con una jovialidad pavorosa, se ponían a hablar de «nuevos desafíos», de volver a empezar, y se apuntaban a grupos de apoyo, o se iniciaban en el yoga, la jardinería, el voluntariado, las tareas sociales o, todavía peor, el golf.

Las sesiones de terapia prosiguieron, con una carga de rencor cada vez mayor, y desencadenaron nuevos agravios, acrecentando la brecha entre ellos. Sin embargo, en el melancólico marco de la separación, Ellis notaba también alivio: la paz de la soledad. Y supuso que Deena estaba sintiendo lo mismo, porque un día, al finalizar la consulta, mientras volvían a casa en el coche, ella pareció despertar y dijo:

—Quiero la casa. No te voy a dejar la casa. La cocina y los armarios son míos.

—Puedo irme a un apartamento —respondió Ellis—. Pero la tienda es mía.

—Necesitaré algo de dinero —dijo Deena, y al notar que Ellis no reaccionaba, añadió—: Mucho.

Y de ese modo, tomando las cosas por la fuerza, cada uno reivindicó lo suyo. Siguiendo el consejo del doctor Bob, acudieron a un abogado y dividieron sus bienes.

Enterada de todo esto, Chicky entró en escena.

—Y ¿qué pasa conmigo?

—Tú vas a estar bien —la tranquilizó Ellis.

—Pero ¿qué pasa si os volvéis a casar?

Deena miró a Ellis y se rio, y él respondió riendo también; la primera vez en meses que compartían un instante alborozado. Luego pararon, no porque los hubiera entristecido tal efusión, sino porque advertían el amor que había en esa risa y eso los abochornaba, al recordarles cuántos momentos felices como ése había contemplado su matrimonio.

Chicky estaba perpleja, y su perplejidad se traducía en severidad.

—Es probable que despidan a Dougie. No nos vendrá mal el dinero. Quiero mi parte ahora.

—La parte —dijo Ellis recogiendo el guante— ¿de qué?

—De tu testamento.

—Pero estoy vivo —dijo Ellis, con los ojos abiertos como platos a causa de la indignación que sentía.

—Pero ¿qué pasará cuando te mueras? Si te vuelves a casar, tu nueva familia se quedará con todo y yo me quedaré a dos velas. Si no recibo el dinero ahora, no lo voy a ver nunca. Y mira a mamá. Ella se va con lo suyo.

Esa conversación había tenido lugar en un restaurante de *sushi* en Medford Square —otra muestra de los cambios en la zona—. De no haber sido así, Ellis le habría gritado a su hija y aporreado la mesa con el puño. Luego se alegró de haber mantenido la calma: se había limitado a sacudir la cabeza mientras la ofuscada joven le escupía su indignación. Esa misma noche volvió a recrear la escena de la charla, al comienzo con amargura, luego sobre todo con resignación. Deja que esto acabe, pensó; que un enorme remolino arrase con todo. Más tarde le ofreció a Chicky un pago único. Ella pidió más, como él había augurado, pero le dio la suma que tenía ya decidida.

El marido de Chicky la acompañaba en la entrega del cheque. Dougie era un mero espectador de las negociaciones familiares. Hock se había negado a contratarlo en la tienda y había espetado: «Y ¿en qué es bueno?». Esa herida seguía abierta para Chicky.

—Dudo que nos veamos asiduamente a partir de ahora —avisó Ellis, con la resignación solemne de su nuevo papel—. Creo que no tengo ganas.

—Por mí vale —dijo Chicky.

Su hija le daba la espalda con su parte del testamento en la mano, y Ellis se sintió como si ya estuviera muerto. Lo entristeció ver la incapacidad de su hija para apreciar el desgarró de ese momento.

Aunque se mudó a un apartamento en Forest Street —el antiguo instituto—, Deena y él siguieron viéndose. Guardando las formalidades, a veces cohibidos, salían juntos. Ninguno de los dos estaba listo para las citas con terceros, y ni siquiera las sesiones con el doctor Bob habían conseguido borrar del todo la atracción natural que sentían por el otro. Sus citas terminaban con un beso casto, a menudo dado a tientas, y Ellis siempre acababa apesadumbrado en la soledad del coche. Sabía que le había hecho daño a Deena, que había destruido el amor que ella sentía por él, y que eso la había vuelto desconfiada, tal vez del género masculino en su totalidad. La había traicionado con el secretismo y las confidencias de sus correos electrónicos. Ahora podía ser amable con ella, pero no había manera de rectificar el pasado. A veces, en esas noches juntos, ella se quedaba ausente, en silencio, y penaba como un animal herido y desconcertado. Él no podía pensar en sí mismo, porque sabía que el daño que le había infligido era irreparable.

Ellis temía el día en el que Deena le dijese: «Estoy saliendo con alguien». Él la ponía al corriente de las dificultades de la tienda, y ella intentaba consolarlo y lo animaba a vender el edificio, remarcando el valor de la propiedad y su buena ubicación.

En una de esas citas, Deena le entregó el teléfono, el origen de su derrumbe, que ahora le pareció a Ellis un instrumento diabólico. O ¿había sido un artefacto purificador? De cualquier manera, había revelado toda su vida íntima, mostrándolo como un hombre sentimental, galante, soñador, romántico, frustrado, anhelante... Pero ¿con qué fin? ¿Qué significaban todos esos correos? ¿Qué era lo que buscaba en todas esas emociones?

No lo sabía. Tal vez nunca lo sabría. Era demasiado viejo como para seguir esperando. Nada decisivo volvería a ocurrirle. Había dejado atrás la época de las pasiones, de un gran amor, de los horizontes nuevos, y también la de los niños, los riesgos, los dramas. Se pasaría el resto de su existencia en retirada, haciéndose cada vez más pequeño, hasta que por fin lo olvidasen. Reemplazarían el nombre de la tienda por otro. Su matrimonio estaba acaba-

do, su hija se había marchado. En el recuerdo, su matrimonio se llenaba de lagunas, y sin embargo ahora echaba de menos la calma, las viejas rutinas, la monotonía a la que había terminado considerando como una amiga. Existía una certidumbre en la rutina, y el sopor que ésta inducía equivalía a una forma de confort.

Al día siguiente de la devolución del teléfono, Hock fue a la tienda y no sacó el aparato del bolsillo en ningún momento. De noche, tras echar el cierre (se observó a sí mismo ejecutando la acción, como en una especie de ritual), fue andando hasta el límite del aparcamiento. Tras una valla, el río Mystic fluía caudaloso, y Hock arrojó el teléfono por los aires, bajo un cielo oscuro, y siguió su trayectoria hasta que ese regalo chapoteó y se hundió en el fondo de las aguas revueltas.

Queda prohibida, salvo excepción prevista en la ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin contar con autorización de los titulares de propiedad intelectual. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (arts. 270 y ss. Código Penal).

Sobre el autor

Paul Theroux (Medford, Massachusetts, 1941) es uno de los escritores más reconocidos del mundo. *El gran bazar del ferrocarril* (1972) lo catapultó a la fama y constituye un clásico de la literatura de viajes. En 1981 recibió el James Tait Black Memorial Prize por *La costa de los mosquitos*, adaptada al cine por Peter Weir. En su prolífica obra destacan títulos como *Tren fantasma a la Estrella de Oriente* (Alfaguara, 2010), y novelas como *La calle de la media luna*, *Hotel Honolulu*, *Elefanta Suite* (Alfaguara, 2008) y *Un crimen en Calcuta* (Alfaguara, 2011). Tras la calurosa acogida de los medios a su último libro, *El Tao del viajero* (Alfaguara, 2012), Theroux retorna a la narrativa de ficción con *En Lower River*, ambientada en el continente africano que tan bien conoce.

Índice

Parte 1	
La despedida	9
Parte 2	
El <i>mzungu</i> en Malabo	75
Parte 3	
Río abajo	169
Parte 4	
Serpientes y escaleras	245
Parte 5	
Danza fantasmal	305